

# el conchito

**JOSE JOAQUIN RODRIGUEZ LARA**  
DIBUJOS DE BERNARDO VICTOR CARANDE

PREMIO FELIPE TRIGO • 1981 • NARRACIONES CORTAS



JOSE JOAQUIN RODRIGUEZ LARA

# EL CONCHITO

UNIVERSITAS  
EDITORIAL



Edición realizada con el patrocinio de:  
Diputación Provincial de Badajoz  
Ayuntamiento Villanueva de la Serena

Premio Felipe Trigo 1981 de narraciones cortas

© Autor: *José Joaquín Rodríguez Lara*

© Portada: *José M.ª Valero*

© Dibujos: *Bernardo Víctor Carande*

De esta edición:

*Diputación Provincial de Badajoz*

*Ayuntamiento Villanueva de la Serena*

*Universitas Editorial. Avda. Colón, 9 - Badajoz*

ISBN: 84-85583-19-1

Depósito legal: S. 292-1982

Printed in Spain

Imprime: Gráficas Ortega, S.A.

Polígono El Montalvo - Salamanca, 1982

## DINTEL

*A mi padre, once años  
extranjero en Alemania.  
También para mi madre  
que lloró su ausencia.*

## ZAGUAN

*Estábamos desnudos  
y sólo la tierra  
se nos había entregado.*



# Contenido

Prólogo .....	11
El mar .....	15
Azul .....	17
Las sirenas.....	19
Pasan soldados.....	20
El barrio.....	22
Velero ven .....	24
La pesca.....	26
La tormenta.....	27
La soledad.....	29
Las tapias.....	31
La huerta.....	32
El silencio de la espuma.....	34
La navaja.....	35
El desarraigo.....	38
Un niño serio.....	39
Los calamares.....	42
El pobre.....	43
La primera comunión .....	45
El vigilante.....	47
Viene el otoño .....	49
Barriga.....	50
El día de los inocentes .....	51
Poli.....	53
Los primeros pases del maletilla.....	54
La ceniza.....	55
Otra vez el mar .....	57
Los quincalleros .....	58
Pipiritañas .....	59
La marcha .....	60
El vuelo.....	61



## Prólogo

*Se percibe en Extremadura un decidido deseo de incrementar y ordenar la vida literaria. El Congreso anual de escritores, los nuevos premios literarios, las aulas de poesía, la presencia de la Universidad y las nuevas tareas editoriales, son factores de esa multiplicación cultural. Es el momento de pedir a la tradición literaria extremeña, a nivel de instituciones, unificación de esfuerzos, continuidad y, sobre todo, coherencia. Y a nivel personal, mayor contacto entre los que escriben, ya creadores, ya críticos; y voluntad de oír cada uno la verdad del otro, que puede estar sujeta, claro está, a errores, criterios e idearios, pero nunca debe anclarse en la auto-complacencia. Por esto, cuando José Joaquín Rodríguez Lara me pidió que prologase su narración ganadora del Premio Felipe Trigo, sabiendo que yo la había votado para el segundo lugar —prefiriendo «El okapi», de autor para mí desconocido—, sentí inmediatamente una viva simpatía y una objetiva admiración por él.*

*«El Conchito» nos cuenta la vida de un niño, arrancado de su pueblo y llevado a la gran ciudad por la dura emigración del trabajo. En ella se siente extrañado y evoca, dolorido, sus raíces. Título, personaje y argumento nos colocan en una de las sendas más conocidas de nuestras letras clásicas y modernas, y puede levantar la sospecha de nuestra vieja, si ambigua, propensión al realismo, con algo de misticismo, por aquello de la búsqueda de las raíces del personaje, representadas aquí por*

*el recuerdo del abuelo. Pienso ahora en Sender quien, en uno de sus ensayos, recogidos en 1934, bajo el rótulo «Proclamación de la sonrisa», pedía, pasada la vanguardia, la vuelta al camino literario del realismo y del misticismo. Para mí, que creo que la literatura tiene que ver siempre algo con lo que persiguió Huidobro con su creacionismo, pero en un continuo equilibrio entre los elementos vanguardistas y los tradicionales, y un reajuste sucesivo de las ideas pasadas y de los nuevos idearios, no es el tema de «El Conchito», a priori, el más deseable para un joven escritor con talento. Pero si salimos del marco —título y argumento— y nos adentramos en la lectura de la obra, veremos, de la mano de Rodríguez Lara, que una vez más, cualquier tema vale en literatura por su composición y por su lenguaje, tanto o más, que por su invención. Lara, en efecto, no se ha dormido en el trillo del viejo argumento, sino que lo ha sabido despertar con velera imaginación. Lo prueban los dos gestos más sobresalientes de su narración: predominio del poema en prosa, en la estructura; y de la imagen, en el estilo.*

*Le ha dado a su obra una andadura genérica personal. Entre el cuento de personaje niño y la novela corta social, en la que el tema podría moverse desde la invención, ha colocado, como base ordenadora, el poema en prosa, organizando la narración como una suma de cerrados apartados poemáticos, que fragmentan en pequeñas unidades, válidas por sí mismas, el hilo argumental, que seguimos en «El barrio», «El desarraigo», «La marcha». Este romper el hilo narrativo, al cerrar poemáticamente cada momento argumental ha hecho más compleja y rica la historia contada. Se habla de la presente ciudad y de la ausente tierra, pero tan consabida dialéctica queda sujeta al valor propio de cada momento o vivencia, y la suma de ellas potencia poliédricamente la linealidad de la conocida historia. Por otra parte, si se habla del real mundo de los hombres, se hace siempre desde la mente del niño, propenso siempre al creacionismo por medio de su*

*fantasía. Así, observamos, nada más empezar a leer, que un niño de tierra adentro y en una ciudad interior, evoca el mar ya en el primer apartado —y lo volverá a hacer en otro— en contra de la economía del reportaje y en beneficio de la calidad literaria.*

*En lo que toca a la escritura, el realismo argumental está sometido continua y marcadamente al poder de la imagen. Así, en el logrado capitulillo *Velero ven*, título que podríamos enfrentar al de toda la narración, para entender su verdadero espíritu, el niño duerme, obligado por su pobreza, en un balde de ropa. Pero esta verdad que se denuncia está expresada desde la imaginación infantil: el balde es un velero, con mascarón, proa y remos, con el que dialoga el protagonista en la noche, y también un fantástico reloj que marca la duermevela del durmiente.*

*«El Conchito», pues, no renuncia a denunciar la realidad de un niño desarraigado, y en concreto extremeño, pero menos aún renuncia a su propio ser de realidad literaria. Por estas virtudes vemos, satisfechos, cómo Rodríguez Lara inicia su difícil camino de narrador, si con limitaciones, con sabiduría. Una interrogante se abre para los lectores: ¿qué ruta tomará el autor de «El Conchito» tras este importante galardón? De cada cien jóvenes que ganan un premio, sólo unos pocos serán escritores profesionales, y uno o dos, serán grandes creadores. Lo que no debe desanimar a nadie, y menos a Rodríguez Lara, sino avivarle, pues esto, que es el vivir o el crear, también pasa con el resto de los trabajos y los días.*

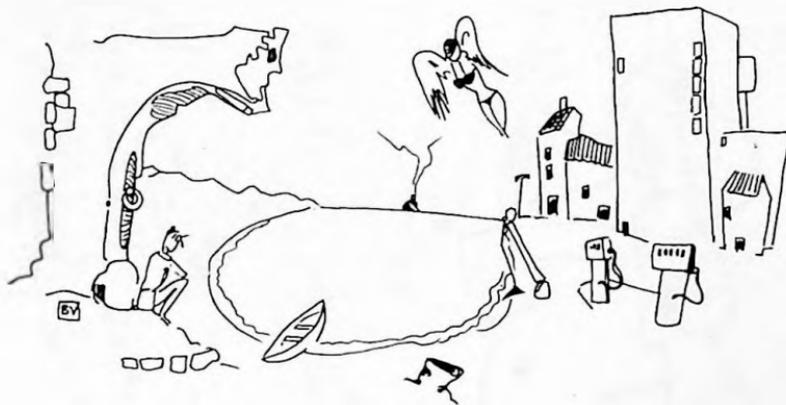
JUAN MANUEL ROZAS

Catedrático de Literatura  
de la Universidad de Extremadura



## El mar

El empedrado azul y blanco de la Plaza Mayor huele a herbolario y a rebotica, a claveles y a soledad, a pachulí y marineros de gorra cana. Los ángeles del cielo bajan cada noche vestidos de muchacha y se sientan sobre los adoquines del pavimento, a escuchar la voz amarga y acartonada de los poetas pobres que cantan bajo la luna. Sabed que se abre el corazón cuando suena la guitarra y el alma se llueve de un vino áspero y turbio que agosta la garganta y le pone tacto de lija. Concho bebe y canta y se emociona a veces.



Ya de amanecida, Conchito enfile sus pasos hacia la soñolienta puerta de piedra que un día fue frontera entre la ciudad y el campo y hoy parece un ojal sin botón, abandonado en mitad de un abrigo gris. Conchito espera a los camiones de la pesca; a los que traen enredado en el

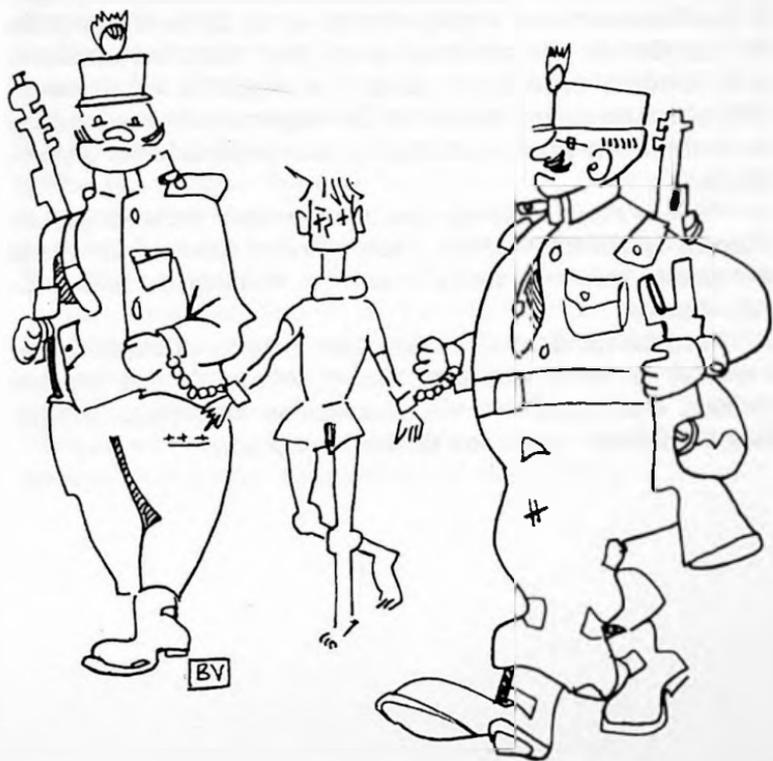
pelo un olor a sal y a chillido de gaviota. Concho busca las olas entre las cajas de merluza, de bigaros y de calamares. El mar es verde y azul y grande y lleno de puntillas como una sábana bordada. El mar viene prendido de las camisas y de los ojos pequeños y nocturnos de los camioneros.

Cuando nadie le ve, Conchito aspira fuerte fuerte la brisa del pescado robándole a la mañana una pelotita de aire salobre y marinero. Después se hunde calle abajo, con su pequeño tesoro fondeado en el pecho y la alegría en el corazón.

## Azul

A Conchito le robaron el nombre en una tarde de mucho viento y estuvo en un tris de ir a presidio por indocumentado. Concho no se dio cuenta hasta que un policía, que había nacido en Siruela, le paró en mitad de la calle y le pidió amablemente el nombre de pila.

—Sí señor. —Dijo Concho un poco asustado mientras se buscaba el nombre por todos los bolsillos.



Cada vez estaba más nervioso porque el dichoso nombre no aparecía por parte alguna y al policía se le estaban rizando los pelos del bigote. Como no lo encontró fue esposado y conducido a la comisaría. Allí se le informó de que disponía de veinticuatro horas para normalizar su situación y abandonar así el mundo miserable de los indocumentados.

—O de lo contrario ingresarás en prisión. —Amenazó el guardia.

Sintió miedo y Conchito, que se había llamado así desde que abuela Concha supo que iba a nacer, tuvo que ir por las mercerías y paqueterías de la ciudad buscando un nombre de pila que le cayera a pelo. Pero los nombres que vendían eran muy caros y ni siquiera uno que se llamaba Anacleto y estaba en oferta porque había perdido la o, tenía un precio ajustado a sus posibilidades económicas.

—A lo mejor consigo que uno de esos señores que se llaman Leonardo Jacinto Víctor Felipe Manuel de Jesús me preste uno —pensó Concho—; después de todo, tienen tantos...

Pero no fue así y Conchito tuvo mucho cuidado de no volverse a encontrar con aquel policía de los bigotes rizados. Entre tanto se solucionaba su situación, decidió llamarse Azul, como las tardes de verano.

## Las sirenas

El Juego de la Foca es divertido. Emocionante. Además, es muy sencillo. Sólo hay que bajar a las galerías del Metro y subir a uno de los vagones. El tren comienza a andar; primero despacio despacio y luego muy rápido, rapidísimo, como un vendaval. Entonces no hay más que cerrar los ojos y te conviertes en una foca que serpentea bajo la enorme capa de hielo de la ciudad en busca de la comida. Para que todo salga bien hay que tener los ojillos curiosos y emitir pequeños ladridos. Las lucecitas que de trecho en trecho resfulgen fugazmente, pegadas a las paredes del túnel, son pececillos y diminutos calamares que huyen atemorizados. El frío es intenso a tanta profundidad, pero no para las focas. A cada cierto tiempo se divisa un agujero lleno de luz y miles de animales sacan la cabeza para respirar. Es una estación. Enseguida el tren se pone de nuevo en marcha y Conchito persigue pececillos y otros extraños animales con un hambre insaciable.

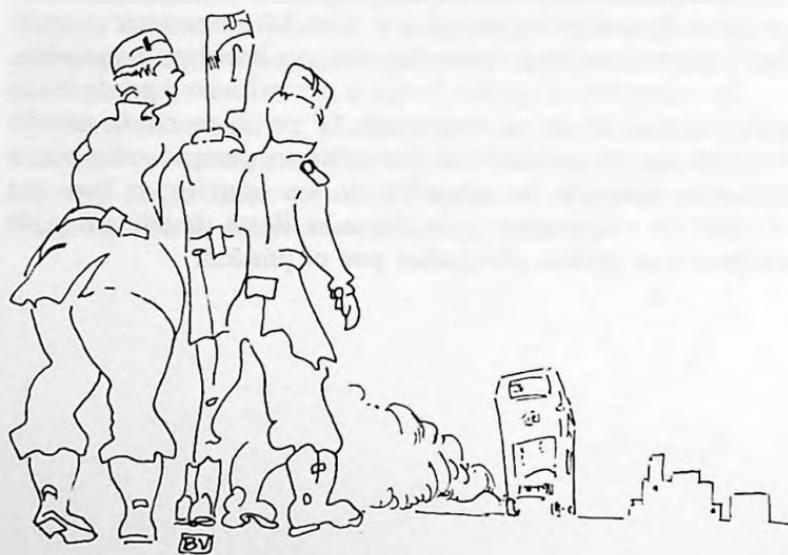
En ocasiones Concho juega a ser minero y recorre las galerías subido en su vagoneta. Le produce cierto miedo el juego incomprensible de los mineros porque sabe que a veces se rompen las paredes de los túneles, o hay un choque de vagonetas, y la mina se llena de sangre y de sirenas que gritan ahogadas por el pánico.

## Pasan soldados

Conchito se siente solo hoy: aprisionado contra el alquitrán de las calles. Ni la libertad ni la alegría estaban junto a él en las horas del amanecer. Por las aceras pasean soldados vestidos de verde, con las bocas llenas de risa. Concho sigue sus pasos con la mirada, hasta que desaparecen tras un autobús que arrastra una estela de humo negro.

Está triste y ni siquiera los uniformes desgachados de los reclutas, por los que siempre ha sentido curiosidad, logran arrancarle el pesimismo que le mana de adentro.

Rien, pero él sabe que la risa de los soldados es más blanca cuando vuelven, aunque sea solamente por unos días, a sus correrías de muchachos; cuando toman por la



cintura a las jóvenes y las llevan a pasear entre los setos de los parques o a las eras donde cada año se celebra la romería.

Concho se pierde un poco entre la barahúnda de carretas y cintas de colores al llegar a este punto. ¡Cómo le gustaría ir a la romería de La Morera! Se montaría en el carro, que el abuelo habrá adornado ya con hojas de palma y farolillos plateados, y comería gazpacho y tortilla de patatas bajo las encinas. Con algo de suerte, hasta abuelo Bibiano le dejaba conducir un poco las riendas de la Gabina.

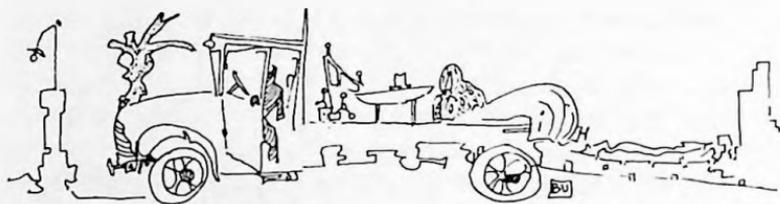
—¡Arre burra!, ¡arre! —Diría chascando la lengua.

Seguro que la Gabina tiraba con más fuerza del carro sabiendo que era él y no el abuelo quien sostenía el ronzal.

## El barrio

Lo que más le extrañó al descubrir la ciudad no fueron los altos edificios, ni las anchas avenidas, ni el cambiante colorido de los letreros luminosos. Contra todo esto estaba preparado. Lo que realmente sorprendió a Conchito fue aquel barrio de casas de tablas y trozos de hojalata. Contra aquellas calles desempedradas en las que no había canales para la lluvia, ni rejas en las ventanas, no le habían aleccionado.

El camión descargó las cuatro sillas, el jergón de listas rojas, la mesa camilla y unos tientos con geranios en la puerta de la chavola y a su madre se le anebló la mirada. Cuando la mano del camionero saludó por la ventanilla, con el vehículo ya en marcha, le temblaron los labios, pero no lloró.

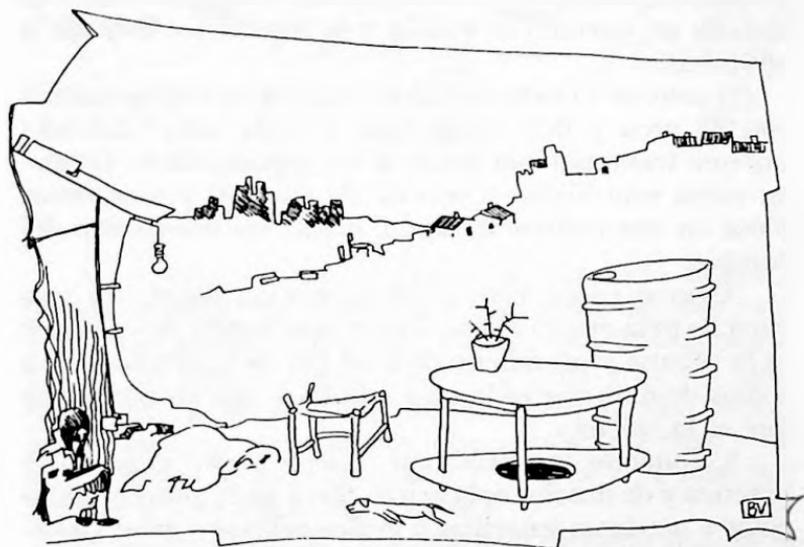


Las lágrimas le rebasaron el borde de los párpados al ver el anafe que, esquinado en un rincón de la única sala, hacía de cocina. El padre de Concho, seguramente para consolarla, aseguró que pronto saldrían de allí. No obstante, con el tiempo, todo se olvidó.

En el pueblo, a pesar de ser tan diminuto y escuálido, todas las casas estaban techadas con tejas rojas, brillantes como barro encendido por las últimas luces del crepúscu-

lo. Concho observó lentamente los destartalados barracones y encontró en ellos un gran parecido con las cochineras y apriscos que se utilizan en los pueblos para encerrar los cerdos y las cabras.

Ya nadie pudo quitarle la idea de que habían dejado de ser hombres del campo soledoso y puro para convertirse en ratas de ciudad. Aquel barrio le ahogaría siempre. Ni siquiera comprendía los juegos de sus vecinos, los peludos niños con ojos color de gato.



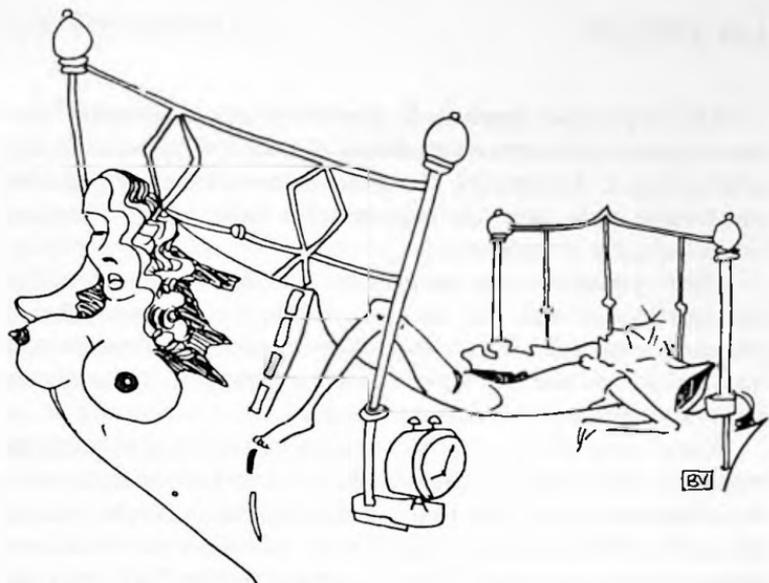
## Velero ven

El catre de Conchito es redondo y truncado como un molde para flanes, pero mucho más grande. El catre de Conchito parece una cuba de zinc o un dedal de aluminio, pero tiene más vuelo y un asa a cada lado. El catre de Conchito ejerció toda su vida de barreño por las terrazas, hasta que se deshicieron de él y Concho lo encontró en la calle del Lazo, el día de La Candelaria, que cae por enero o febrero casi siempre. Desde entonces, el catre de Conchito dejó de ser barreño de colada y se hizo cama redonda y sin patas.

El catre de Concho se llama Velero Ven y tiene mascarón de proa y dos remos, uno a cada lado. Conchito duerme tranquilo, sin miedo a las inundaciones, porque su cama está hecha a prueba de charcos y tormentas. Flota en dos palmos de agua, como los margaritos del campo.

Algunas veces, Velero Ven parece un pastel: con una capa de paja que es el bizcocho y una rodaja de nata que es la sábana y un relleno de miel que es Conchito y otra rodaja de nata que es la otra sábana y una galleta maría que es la colcha.

A Conchito le resulta un mueble como muy útil y práctico y de mucha aplicación. Sirve para guardar amapolas y acederas amarillas y grillos solistas y pilas gastadas. A lo mejor también sirve de aljibe y de almacén de manzanas agrias y, si llueve, de bañera y, si continúa lloviendo, puede volcarse y es una casa impermeable, o una concha de galápago que retumba con el claveteo del agua. En el catre de Concho se puede hacer migas canas o gazpacho con cortezas de pan o aguamiel, o se puede echar un criadero de perejil o de cilantro o de hinojos que huelan a anís.



Así y todo, el catre redondo de Conchito también parece un despertador grandote, con un tic tac muy raro y una sola manilla chiquitaja y como viva. Es una manilla, así de pequeña, que duerme vestida y gira y gira, marcando las horas, muy tranquila y comfortable. Cuando se despierta mira las asas que señalan las doce y las seis y, luego, se mira la cabeza y los pies y ya sabe qué hora es y si es temprano o tarde.

El ojo izquierdo de Conchito se ha abierto hoy en la señal de las cinco menos cuarto, pero enseguida se cerró de nuevo y Concho ha seguido dando vueltas hasta las siete y un minuto. Conchito es una manilla sin reglas ni horas fijas. A lo peor se acuesta en la señal de la una y se levanta en la de las tres; o se pasa toda la tarde durmiendo en las nueve y media. Conchito es un niño más bien alegre y con ojos de colorines, como las canicas cristalinas.

# La pesca

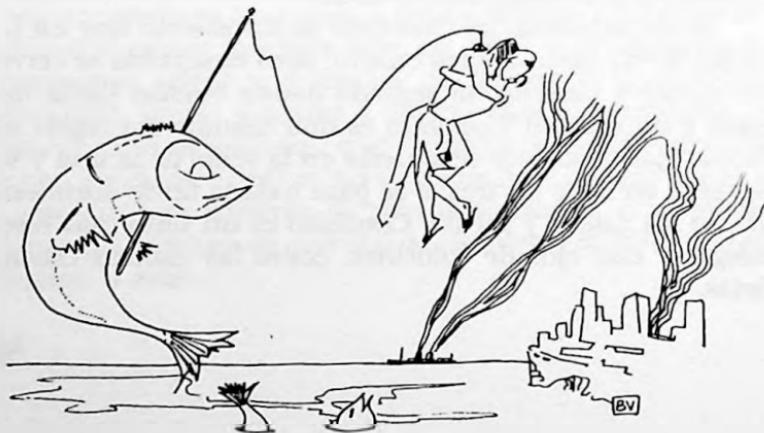
Qué apacible parece la pesca y, sin embargo, que ejercicio tan cruel es en realidad. Conchito mira las cañas asomadas al borde del río y se estremece con grandes sacudidas cada vez que una trucha salta sobre el agua, ensartada en el anzuelo.

¿Qué pasaría —se pregunta—, si los peces lanzaran sus garfios al aire de la mañana y los enamorados y paseantes mordidos por los anzuelos fueran arrastrados hacia el fondo del río, hasta morir asfixiados en medio de convulsiones y burbujas de sangre?

Seguramente las truchas se preocuparían de buscar la carnada más propicia para cada estación en el momento de cebar sus cañas. Incluso se entablarían competiciones para ver quien conseguía pescar el hombre más lustroso. Seguro que las mejores piezas se exhibirían disecadas, en los recoletos remansos empedrados de cantos pulidos por la corriente.

Conchito nota que el vello se le eriza sobre la espalda. Por un instante ha sentido como si un fino hilo de sedal le arrastrase hacia el agua. Inmediatamente abandona la orilla. En acechante silencio los pescadores lanzan una y otra vez sus trampas, pacientes como gatos.

Qué apacible parece la lenta agonía de las carpas.



## La tormenta

El hombre del tiempo ya lo había anunciado la vispera por la televisión. «Para mañana se prevén riesgos de heladas en las flores del campo y granizos rojos en los parques de la ciudad», había dicho con voz de coruja mientras posaba el puntero sobre la pizarra que distribuye los vientos y las lluvias. La preocupación se extendió con mayor velocidad que la noticia y de repente pareció que el mundo entero se había refugiado dentro de su concha. Las farolas se cobijaron en los portales, los árboles se quedaron en la cama para no mojarse y todo estaba expectante y abandonado.

A media mañana, los gorriones piaban nerviosos bajo los aleros, pero la sombra de Conchito corría hecha risa por las aceras. A las cinco, cuando el cielo se puso de color azul y después garzo y más tarde de un glauco muy terne y enseguida las nubes granizaron una cortina tejida con huesecitos de granada que se desangraban contra el suelo, Conchito buscaba grillos reales por las plazuelas de la ciudad.

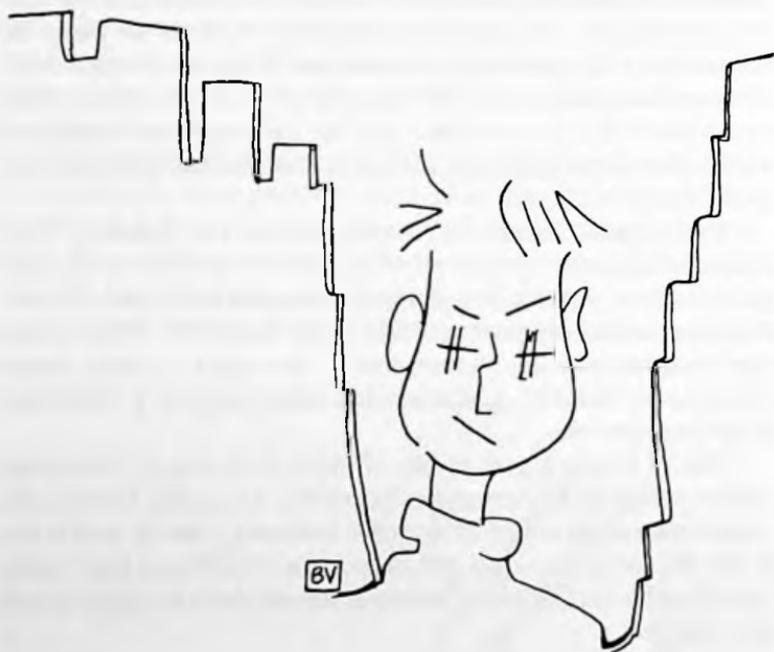
Un capote torero se abatía sobre los tejados. Casi inmediatamente, todas las ventanas se poblaron de ojos grandísimos y narices aplastadas contra el cristal. Incontenibles columnitas de miedo y de asombro humeaban susurrantes por las chimeneas y, de orilla a orilla, hubo rosarios en familia, testamentos manuscritos y llamadas a los bomberos.

Por el norte y por el sur el cielo se llovía en chorritos entrecortados de caramelo bermejo. La radio informaba continuamente sobre el acontecimiento y decía que si era el fin del mundo o que era la guerra atómica o que había una batalla en el cielo y los ángeles estaban heridos. Nada era cierto.

Conchito sentía sobre su cabeza el crit crit de los hueseillos helados y se entretenía buscando grillos reales, con la ropa teñida de vino y el cuerpo de rubí y la sonrisa de sandía madura.

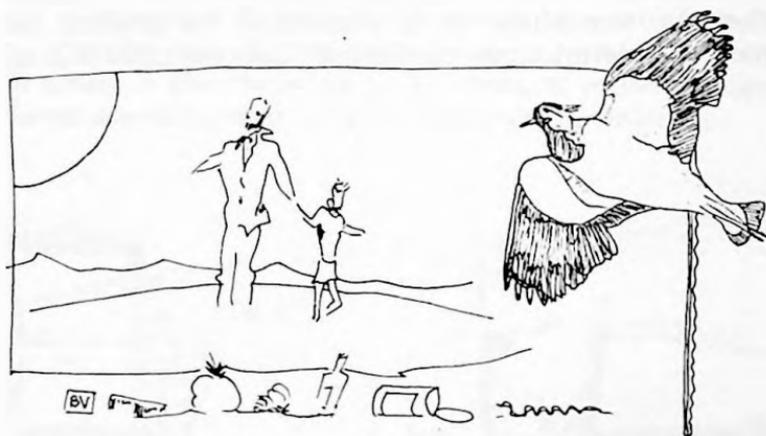
Cuando el sol asomó su cara agostiza y blanquecina y los canales estilaron venillas diminutas y se corrió el carmín de las fachadas y hubo ríos de amapolas y crestas de gallo y toros heridos, Concho buscaba grillos reales por las glorietas del campo. Se reía al ver los gorriones que no habían encontrado cobijo y parecían manojos de algodón empapado. De flor en flor, chupaba la yema de sus dedos, que tenían un sabor colorado y dulce, como de guindas confitadas.

Mucha gente se había vuelto loca de terror aquella tarde.



## La soledad

Ahora Concho habla poco con su padre. Cuando estaban en el pueblo sus relaciones eran diferentes: reían y jugaban juntos. A veces salían, muy de mañana, a coger espárragos trigueros o a perseguir conejos por el monte. Su padre le decía: —Mira Concho, aquel pájaro tan raro es una «aguanieve». Cuando hace calor está lejos, pero al llegar el frío se viene junto a los barbechos, en busca de las lombrices que levantan las yuntas.



Ya todo es diferente. Hace tiempo que no buscan espárragos ni cazan conejos. En realidad, Concho duda que los espárragos quieran vivir en unos campos tan faltos de ánimo como los que rodean la ciudad.

El padre de Concho se levanta temprano. Muy de mañana recorre, de punta a punta, docenas de calles para llegar al puesto de trabajo. Por la noche vuelve muy fatigado y con pocas ganas de hablar. Los domingos ve

pasar las horas desde la taberna y siempre termina calamocano y enfadado. Cuando le ve así, Concho se marcha de casa.

Su madre también trabaja. Está cada día más vieja. Se cansa mucho cuando vuelven los dos, pasada ya la media noche, con los fardos de cartón que han logrado arrebañar por las esquinas solitarias y afiladas.

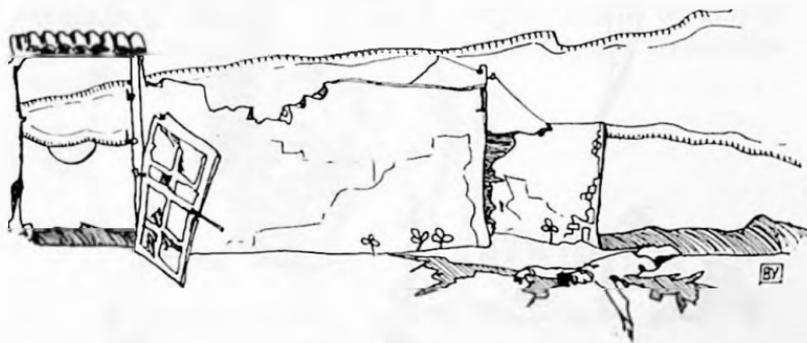
A Conchito le parece que sus padres se llenan de canas a mayor velocidad de la que él emplea en convertirse en hombre. Tiene miedo. Sobre todo cuando les siente regañar. Ellos no parecen darse cuenta de la angustia que le asalta al escuchar los latigazos de las frases. Tiembla Conchito semiculto en la penumbra. Le pinchan las palabras y termina por marcharse. Cada vez tarda más en volver.

## Las tapias

Junto a las viejas tapias, semiderruidas, crecen tréboles y acederas de flores amarillas y tallos ahilados. A Concho le gusta el sabor agrio de esta hierba, aunque le da cierto reparo mascarla. Le parece que esos tallos filamentosos que brotan, como venillas de cristal verde, al borde de las tapias, es el último intento de los muertos por escapar de la tierra que los aprisiona. El abuelo le dijo una vez que el suelo de las tapias está encharcado de sangre.

—La sangre da muy buena yerba, hijo: muy buena.

Concho mira el pasto verde y jugoso y un frío mineral le araña la piel. Se tensa, se horripila, al pensar que las flores amarillas sean el último grito de los muertos.



## La huerta

En la huerta del abuelo crecen juntos el toronjil y la presta, el maíz y la cebada, el albérchigo y la higuera. El abuelo es barbirruccio y cuajado de años y con una mano muy sabia y aparente para las hortalizas. El abuelo Bibiano usa chaleco negro y chisquero de mecha. Guarda los pitillos embuchados en una petaca de cuero y siempre sabe la hora que es por la sombra que dibuja en el suelo la chimenea. Abuelo Bibiano es bueno y áspero y silencioso como los peruétanos de la sierra.



En la huerta del abuelo se cultivan las mejores lechugas y el forraje más tierno y la fruta más jugosa. En un rincón muy caliente y reservado crece cada año un

semillero de salchichas, tiernas y lustrosas, con las que se hacen los mejores perritos calientes. Cuando se ponen grandes y tupidas y a punto de florecer, el abuelo va y ordeña a la vaca retinta, que se llama Colorá, y llena tres tarras con salsa de tomate. Después hace lo mismo con la vaca amarilla, que atiende por Mariposa y, en lugar de dar leche y calostros, tiene las ubres repletas de salsa de mostaza.

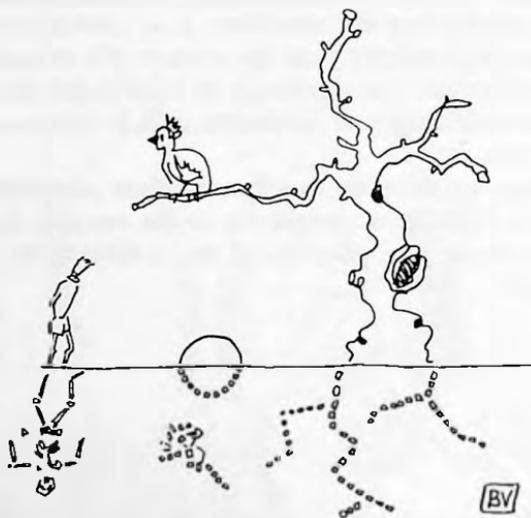
Cuando finaliza el ordeño, abuelo Bibiano y Conchito se lavan las manos en el pilón de la alberca, porque tienen hambre y ya es la hora de la merienda. Con las manos bien limpias, vierten las tarras con el tomate y la mostaza sobre las salchichas del semillero y, a continuación, las siegan con la guadaña y se las comen allí mismo.

Las salchichas que nacen en la huerta del abuelo son olorosas y mollaras y se ondulan con la brisa como los trigos verdes.

Conchito se duerme muchas noches pensando en el semillero y cuando se despierta se da cuenta de que se acostó sin cenar y se marcha al río, a dibujar su sombra en el agua.

## El silencio de la espuma

El río baja blanco y sudado de berrín, como los caballos alazanes después del galope. También fugitivo y coronado de puentes. Es un río triste éste. Sin ranas en las orillas, ni vacas berrendas pastando entre los juncos, ni abejarucos amarillos chiscando sobre las flores de las adelfas. Este es un río casi sin orillas, sin pastores y sin matas de berros. Un río que pasa como oculto bajo la espuma.



Cuando Concho percibe el silencio del agua recuerda siempre los regatos de su tierra —brancos en invierno y escuálidos en verano—, en los que anidan los pastos y se puede pescar en los charcos machacando dentro del cauce unos tallos de «verdelobo» para adormecer a los peces.

# La navaja



Pasaron muchachos con las camisas y las melenas al viento y la gente corría y se agolpaba toda en el mismo sitio, pero la ciudad estaba desierta, huida toda ella hacia un secreto lugar de su laberíntica orografía de asfalto y garujo. Era como si en su carne se hubiese clavado, de repente, una espina y todos los leucocitos abandonaran sus casas y sus oficinas y corriesen presurosos a detener la infección. O como si alguien hubiese arrancado, de un golpe, el tapón del desagüe y cientos de personas se precipitaran, inevitablemente, por el sumidero.

Un clamor de golpes y juramentos lejanos empapaba el aire espeso y turbio como el pus. Tanta prisa daba algo de escalofrío y ponía un sabor extraño y rojizo en la boca.

Conchito, casi sin quererlo, arrastró sus pasos hacia la plaza del reloj, que cocía igual que un puchero repleto de sirenas luminosas. Miles de brujas montadas en caballos de hierro llenaron las calles de fusiles y luces chirriantes y azules. Los muros soportados se plegaban en sacudidas de pánico y un huracán de pendones, de consignas, de cascos y hogueras enlatadas pulverizaba su relincho hon-

do en el molinillo de las voces, las carreras, los gritos de angustia y la pisada bestial de las botas de cuero.

Un sol blanquecino cabrilleaba por los tejados y, en el asfalto pegajoso de la ciudad, dos crueles ejércitos, perfectamente conocido, y temido el uno del otro, se enfrentaban en una guerra sin piedad. Conchito sintió miedo en los ojos grandes y blancos como huevos. Atónito vio caer y levantarse y golpear y huir con el dolor clavado en la



espalda, y sangrar de rabia entre bocas de fuego y balas de goma. Conchito vio la muerte en forma de muchacha y la libertad tendida por el suelo y a todas las madres del mundo con flores en las manos. Quiso correr, hundirse en las calles de su pueblo y descubrir que todo aquello era un sueño..., pero estaba clavado en el suelo y no podía moverse y lloraba en silencio.

A media tarde, amanecida la paz en medio del odio, la ciudad apareció empapelada de recelo y de silencio. Concho anduvo largo rato entre grupitos en cuchicheo, sin perder de vista la punta de sus zapatos y con el corazón tirándole del ánimo como el pilón de una romana. Alguna vez, no supo cómo ni donde, sacó del pecho una navajita oxidada y de cachas amarillas y fue esculpiendo palomas y corazones en la fusta blanca o negra de todos los guardias; le bailaban los ojos al hacerlo y a cada nueva paloma era un poco más feliz y, a cada nuevo corazón, la alegría era más grande.

Aquella noche, miles y miles de cachiporras empalmadas y llenas de corazón durmieron inservibles en los sótanos de las comisarías y, por una vez, la ciudad amaneció desarmada de caballos y sirenas chirriantes ocupadas en buscar al niño de la navaja por todos los pueblos y las ciudades del mapa.

## El desarraigo

Te sentirás como un olivo recién plantado, sin huella en la que pisar ni sombra en la que cobijarte, le había dicho el viejo Bibiano cuando ya la marcha era inevitable.

—Pero no te preocupes. Terminarás con las raíces clavadas en aquel término. La gente joven..., ya se sabe.

—¿Raíces, abuelo? —Preguntó Conchito.

—Sí hijo, sí. Los hombres también tenemos raíces.

—¿Y los ríos?

—Lo mismo. Sin raíces no se puede vivir.

—Pero los pájaros no las tienen, abuelo.

Bibiano le miró al fondo de los ojos un momento y luego, parsimoniosamente, dijo que los pájaros también están afianzados a la tierra.

—Sus raíces son las de los árboles. ¿No te has dado cuenta de que se posan en sus ramas y en ellas duermen y anidan y cantan?

Concho recuerda ahora sus palabras y siente que, de forma paulatina, se han ido cuajando de significados. Se mira los pies cansados de recorrer las calles y ve cómo se crecen unas raicillas succionadoras que luchan sin éxito por desconchar el asfalto y clavarse en aquella tierra desconocida para ellas.

Las piernas le tiemblan, ansiosas por iniciar una interminable carrera hacia las flores del campo y el bordoneo de los arroyos. Las venas le azotan las sienas. Jamás se ha sentido tan cansado. Concho percibe claramente cómo, uno tras otro, sus pasos caen blandamente sobre el vacío.

## Un niño serio

A Conchito, así al pronto, le pareció que aquel niño era algo presumido y hasta un poco repipi. Concho pensó que el tener un bonito traje y un cabello reluciente y meloso no era motivo suficiente para mostrarse tan altanero.

—¡Eh!, tú... —Dijo Concho golpeando el cristal del escaparate.

Fue inútil. El niño vestido de marinero seguía impertérrito tras la luna. Con sus grandes ojos azules miraba fijamente no se sabe bien donde.

—¡Eh!, tú... —¿Cómo te llamas? —Gritó Conchito volviendo a golpear el cristal.

Nuevamente la llamada fue en vano. El niño del escaparate no se inmutó. Concho se enfadó un poco. Este niño es tonto, se dijo.

—Niño, mira, allí hay un retazo de cielo azul.

Nada, el niño seguía tieso dentro de aquella casa acristalada, con su trajecito de marinero y un rosario nacarado entre las manos. Conchito terminó aburriéndose y se marchó.

—Adiós. —Dijo.

Se fue sin esperar la contestación y sin explicarse el mutismo del niño de los ojos zarcos que se mantenía tieso tras la luna como si fuera de cartón.

A lo mejor es un soldado y está de guardia, pensó Conchito que nunca había visto a un niño de primera comunión vestido de marinero.

—Abuelo Bibiano dice que cuando un soldado hace guardia debe estar tieso y serio como una estaca. —Recordó. Sí, eso debe de ser.

A Conchito le gusta esto de tener un amigo. Lo necesitaba; ya se había dado cuenta. Desde que abandonó



el pueblo, la ausencia de auténticas amistades le había dejado profundos huecos en el ánimo. Ha visto, eso sí, muchos rostros nuevos, pero, realmente, no sabe en qué fuente les nace la mirada a cada uno de ellos. Todo esto le parece muy raro. Esa mujer que cruza y aquel muchacho y este viejo y cientos de personas más le resultan conocidas, sin embargo, las considera infinitamente ajenas, completamente extrañas, aunque casi rocen su piel y las sienta tan pegadas a él como el aroma a la cáscara de las

naranjas. Respira su aire, pisa sobre las huellas de sus zapatos, puede cerrar los ojos y seguir contemplando sus caras monocordes, pero nadie le ha sido jamás tan indiferente.

Concho trata de reconstruir dentro de sí las facciones rotundas del abuelo, sin embargo, ha pasado tanto tiempo que las lágrimas han borrado su imagen. En el fondo de sus ojos solamente permanecen algunos trazos desvaídos.

Llora. Llora al pensar que tal vez al viejo Bibiano le ocurra lo mismo, que quizás no recuerde el color de su sombra ni su panocha de pelo ni sus dientes de trigo. Se siente tan solo frente a los otros; tan perdido entre los edificios apiñados; tan indefenso a los pies de los terribles gigantes.

## Los calamares

Cuando Concho tiene hambre recuerda los «árboles del pan bendito», que crecen justo al borde de la carretera, o se tiende sobre la hierba verde de las colinas o se acerca a la trampilla de algún bar en el que vendan bocadillos de calamares y allí se queda un buen rato, extasiado con el aroma espeso de la fritanga. Después sorbe un poco el hilillo de moco que se escapa por su nariz y se marcha silbando.



## El pobre

A Conchito le ha intrigado siempre la imagen resignada que ofrecen los mendigos de la ciudad. Con sus muñones al descubierto y sus vendajos sucios y malolientes, los pedigüños se acurrucan como perros heridos en los entrantes y salientes de las aceras.

Concho pasa y el mendigo descubre un poco más su herida infecta, al tiempo que extiende unos milímetros la mano. Las moscas están cerca.

—No tengo dinero. —Dice.

Justo en el instante que descubre la orfandad de sus bolsillos, los ojos del mendigo cambian de tono y dirigen todo su interés hacia otro transeúnte. Conchito le mira unos segundos la pierna herida sobre la que pasean las moscas y se marcha, un poco preocupado. Le saldrán cocos, dice para sí; cocos gordos como los de la Colorá.

Recuerda que el abuelo sabe curar las heridas putrefactas de los animales en las que, inmediatamente, hacen aparición las larvas de los moscones verdes, devoradoras insaciables de la carne. Cuando alguna res se ve acosada por estos gusanos blanquecinos, el abuelo coloca dos ramas de espinos blancos cruzadas sobre una huella de la pata izquierda del animal y pone encima una piedra. Los bichos desaparecen a medida que los espinos se van secando.

—Mira Concho, ya no hay; se han caído. Ya puedes quitar la piedra y deshacer la cruz.

El abuelo es muy mañoso para esto de erradicar los males sin médicos ni jarabes. El mismo supo curarse, hacía ya muchos años, la quebradura que le desgarró el vientre como si fuera tela de saco viejo. Abuela Concha quiso comprarle un braguero, pero él dijo que no era menester. Injertó un trozo de camisa en la cáscara de un

mesto y esperó a que cicatrizara la incisión practicada con la navaja cabriterera. Decía el abuelo, al tiempo que se tentaba la herida, que su carne aprendería de la cáscara rugosa del mesto.

—Cerrará también; cerrará.

Pero ahora Concho observa a los mendigos de la ciudad y piensa en lo extraños que son. No saben curar sus heridas; ni siquiera se preocupan de bañarlas en saliva como hacen los perros, incluso los menos listos. A Conchito le parece que los harapientos gozan con sus magulladuras, que las agrandan cuidadosamente y sienten placer al exhibirlas.

Lástima de no tener alguna moneda. Pero no hay remedio. Su último tesoro, aquella canica cristaleja que le ganó al Pelao en el patio de la escuela, lo recibió un niño mendigo que se le quedó mirando con los ojos transparentes y limpios como el anís.

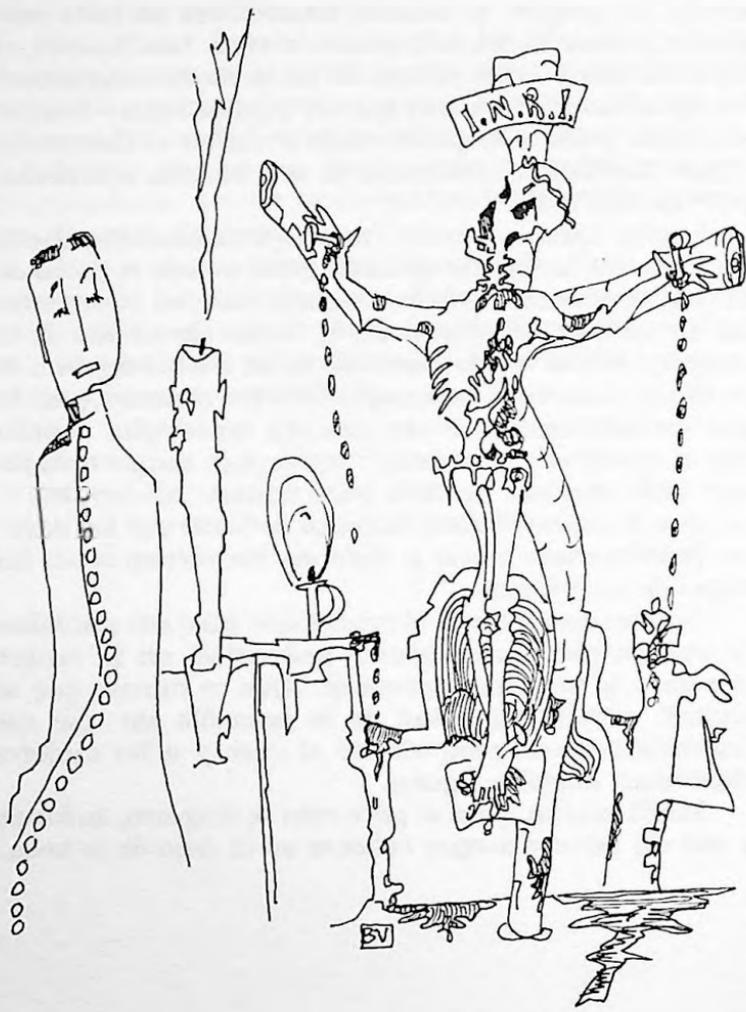
## La primera comunión

La primera vez que vio el Cristo sintió un poco de miedo. La imagen, de tamaño natural, era un talla sangrante y como destripada contra la cruz. Don Andrés, el cura, les habló largo tiempo de los misterios sagrados y les dijo a todos que tenían que ser buenos hijos y buenos cristianos pues muy pronto iban a recibir el Cuerpo de Cristo. Conchito sintió entonces mucha más aprensión, pero no dijo nada.

Mucho tiempo después, cuando ya su descubrimiento del Cristo de la Agonía se había perdido bajo el polvo de las noches, Concho soñó con aquella imagen atormentada. Le oprimía horriblemente el cuello abrochado de la camisa y el olor a cera derretida sobre los candelabros le producía vacío en el estómago. Todo era siniestro, pero lo que verdaderamente le aterraba era contemplar aquella figura crucificada chorreando regueros de sangre tibia sin que nadie moviera un dedo para taponar sus heridas. A sus pies se amontonaban cántaros de barro que las mujeres llenaban uno a uno y, después, los vertían sobre las vegas de los huertos.

Concho corría hacia el crucificado pero sus sandalias de caucho pintado de blanco resbalaban en la sangre viscosa y le impedían acercarse. ¡Que se muere, que se muere!, gritaba en mitad de la pesadilla sin que sus repetidos intentos para alertar al cura y a las mujeres alcanzasen objetivo alguno.

Sufrió mucho, pero al poco rato se despertó, sudando y con un sabor a sangre caliente en el cielo de la boca.



## El vigilante

Conchito miró una y otra vez dentro de la vitrina, pero no logró ver al niño de los ojos azules y el traje de marinero. Resuelto a intentar un nuevo acercamiento, traspasó las puertas acristaladas de la tienda y se puso a buscar al amigo que había conocido meses atrás.



El comercio era enorme. En el primer piso se vendían perfumes y bisutería. En el segundo había ropa de caballero. En el último se podía ver un gran yate blanco y una balsa hinchable de color azafrán.

Concho subió y bajó escaleras, rebuscó entre los objetos de porcelana y, durante mucho tiempo, removió en un gran cesto que contenía medias de señora. De vez en cuando miraba a su alrededor. Tenía la extraña sensación de que alguien vigilaba todos sus gestos con un ojo implacable.

Le preguntó a una joven si había visto a un niño que se mantenía tieso como una estaca y no hablaba porque era soldado. La dependienta no le hizo caso. Unos muchachos se rieron de él al preguntarles lo mismo.

A Conchito empezaba a aturdirle aquel comercio tan grande en el que no se vendían faros de bicicleta ni pimienta roja para la matanza. Además, había descubierto a un señor con traje azul y corbata de puntitos que le seguía a todas partes como un perro. Incluso le pareció que movía el rabo y se paraba a husmear las esquinas de las estanterías.

Finalmente, Concho se cansó de buscar al niño vestido de marinero y, como aquel perro no le dejaba ni a sol ni a sombra en su afán por vigilar cada uno de sus movimientos, se lo metió en el bolsillo y se lo llevó a casa.

## Viene el otoño

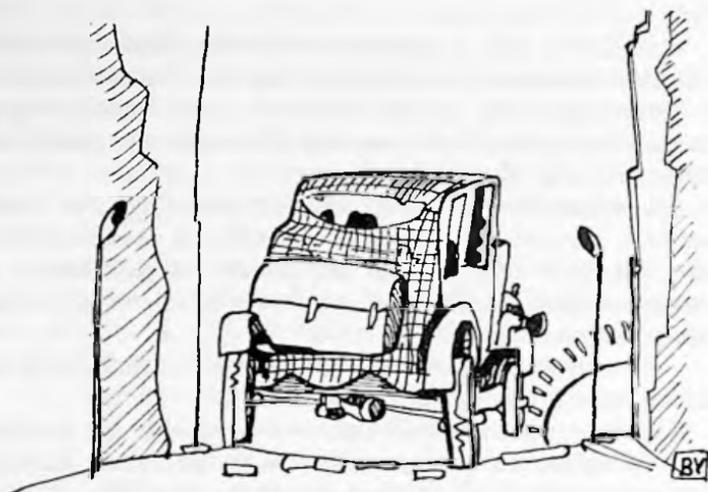
Va a llover. Allí, al fondo de la ciudad, semioculto tras la espesa mampara de humos, Conchito ha descubierto un jirón rojizo en el cielo. Es la «vaca desollá» que anuncia las primeras tormentas del otoño. Su padre las presiente ya: le duele la pierna.

Los hombres del campo suelen decir que la vaca desollá a los tres días mojá. Y no falla, se dice Concho. Sabe con toda certeza que ese retazo sanguinolento y mantecoso que se dibuja al fondo de la mañana recién nacida, anuncia lluvia.

—Lo mismo que cuando las grullas vuelan hacia el charco; van a por agua.

Conchito vio muchas veces el vuelo de las grullas hacia el suroeste; sus graznidos y su poderoso avance triangular están todavía frescos en su memoria. Ahora mira al cielo, espereza todos sus huesos y se prepara para recibir el otoño que ya amarillea bajo los árboles menos viriles. Está feliz. Los campos esperan ansiosos el riego que habrá de fecundarlos y a él le gusta el perfume que exhala la tierra rociada con las primeras gotas de lluvia. El otoño llegará pronto.

## Barriga



Fue un coche amarillo. Conchito lo descubrió enseguida: en cuanto acarició el lomo de Barriga y pudo ver las escamitas de color jalde que le saltaban entre los pelos. Sintió mucha pena. Barriga había nacido en el pajar y era agostizo y enclenque. Le gustaba cazar mariposas de la luz junto al tronco de la parra.

Ahora, al verlo así, muerto como un gato cualquiera en mitad de la calle. Concho recordaba el día que su padre cargó los cuatro trastos —como él decía— en el camión y decidió venirse a la capital. Lloviznaba. Barriga hizo todo el viaje bufando, dentro de un saco. También ahora llovía blandamente, como aquella tarde.

—La ciudad no ha sido buena contigo. —Dijo al fin.

Barriga fue sepultado, con las primeras sombras de la noche, entre los setos de un parque. Concho le puso en la fosa una raspa de sardina para que pudiera alimentarse en los primeros días de sus otras seis vidas.

## El día de los inocentes

Las calles se atardecían a ramalazos de coches blancos, azules y con rayitas. Muy de tarde en tarde, alguno de morro niquelado y piel morena y brillante como la antracita, moteaba el aire con su paso circunspecto y elegante, como de cura antiguo.



El parpadeo de los semáforos se dibujaba cada vez más rotundo. Lentamente los ruidos se apelmazaban por las esquinas. El aire se hacía nocturno. La ciudad semejaba un sapo, cubierto de infinitos huevecillos luminosos, que se aculara solitario contra su terrón.

Era el día de los Santos Inocentes y Concho andaba por las calles poniéndole la zancadilla a los coches más despistados que, cogidos en el lazo, encogían el lomo y caían de espaldas en vueltas de campana casi perfectas.

El veintinueve de diciembre el aire amaneció patas arriba y con un pedaleo frenético, como de tortuga cara al cielo. La noche anterior, Conchito había soñado que le encerraban en la cárcel y que el abuelo le daba libertad rompiendo los barrotes del calabozo. Pero cuando despertó solamente recordaba que había estado huyendo toda la noche, hasta que comenzó a llover y la boca se le llenó de agua.

## Poli

Poli estuvo tres días atado a una estaca. Concho lo sujetó con aquella corbata de puntitos que traía al cuello. No quiso soltarlo por temor a que escapara, hasta que vio que comenzaban a brotarle unas manchas de pelo sedoso. Primero sobre el lomo, después en los ijares y por último sobre todo el cuerpo. El traje azul desapareció bajo aquella tupida selva de largos cabellos.

Su madre se enfadó mucho cuando le vio llegar con el perro bajo el brazo. Los músculos de su cara se tensaron. Enseguida dijo que no lo quería volver a ver, que lo soltara. El padre, en cambio, sentenció que un chucho es siempre necesario en una casa, porque asusta a los ladrones y anuncia con sus aullidos cuando ronda cerca la muerte. Conchito añadió que Poli tenía, además, pinta de perro policía, así que todo se solucionó.

La verdad es que el chucho parecía listo y aquella corbata de puntitos con la que Concho lo amarraba a la estaca le daba cierto tono elegante.

A los tres días, el vigilante ya había aprendido a ladrar. A los cinco era capaz de recoger los palos que su pequeño amo le lanzaba tan lejos como podía.

—Poli, ¡tráelo!, tráelo aquí.

Y Poli llevaba el garrote a los pies de Concho, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

## Los primeros pases del maletilla

Ser torero es un valiente oficio. Concho piensa que los toreros huelen a dehesa, a magarza, a bravura de toro chorreando sobre los muslos. Ha decidido ser diestro famoso y ya se ve ceñido por la seda y abrazado por las vibrantes cornamentas de las reses.

—¡Je!, Poli, ¡je! —Dice mientras aletea un trapo de color escarlata en las narices del perro.

—¡Je!, ¡je! bicho...

Poli no ve claro el asunto y mira una y otra vez al maletilla, que arquea el talle lo mismo que un junco cimbrándose en el viento. Por fin toma una determinación: se rasca el brillante pelo del lomo y da media vuelta, lleno de desinterés.

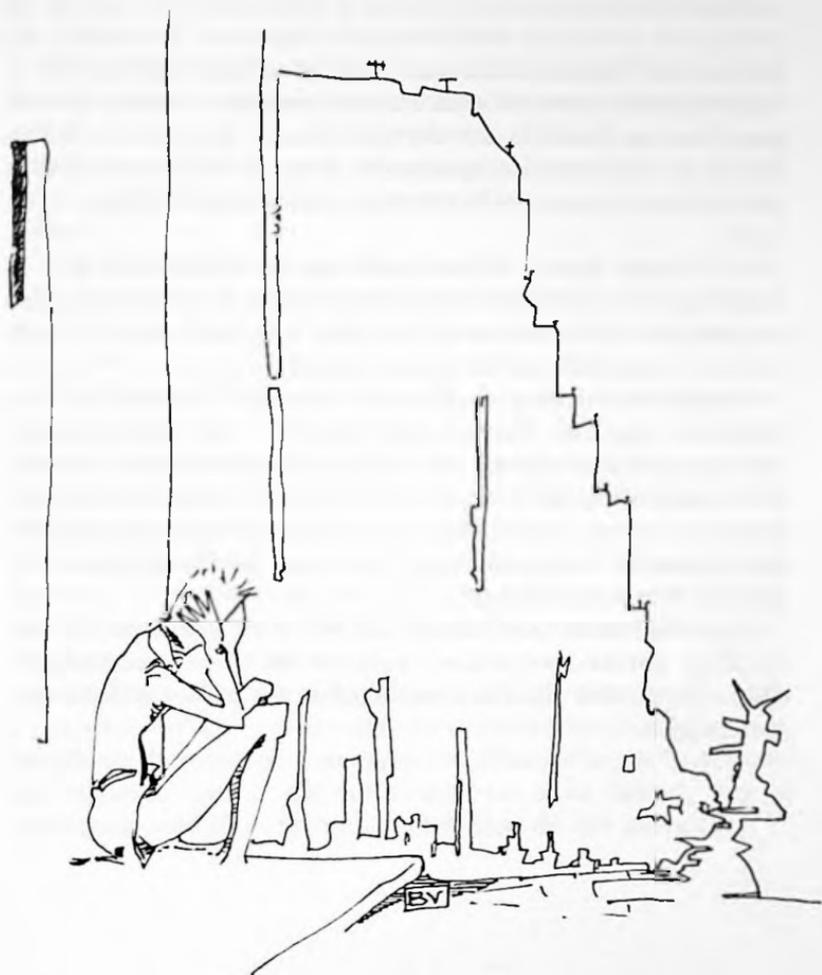
—No te vayas Poli; Poli ven; ven Poli..., Poli... Chucho gallina.—Exclama enrabietado por la mansedumbre de su enemigo.

Pero ha decidido ser torero y la espantada del can no mengua sus intenciones. Desde la puerta de la chavola, Poli observa fijamente los pases que Concho traza en el aire de la tarde. Sus ojos se bizcan para concentrar la mirada en la vara que el aprendiz de matador oculta, toreramente, detrás del cuerpo simulando un estoque. No sabe qué es ni para qué sirve, pero siente escalofríos en los huesos cada vez que la ve moverse.

—¡Je!, bicho, ¡je!

Concho torea de salón en una plaza de ausencias. Desde un alto terraplén de basuras tres niñas de piel ahumada aplauden la faena.

## La ceniza



Se quedó solo una noche de primavera, mientras miraba los tiritones de las estrellas tendido sobre la hierba de una loma. Lo supo al día siguiente, cuando fue a

despelujar el morro sedoso de Poli y se lo encontró aullando lastimeramente junto a una parva de cenizas. El mundo se le vino al suelo en unos instantes. Su madre, su padre, sus discusiones, sus sueños..., todo estaba allí y nadie podía decir en qué rincón concreto. Debía llorar, pues había perdido su camino hacia el pasado; debía llorar en silencio, íntimamente. Pero el llanto avanzaba por un surco reseco y lo empapó todo antes de llegar a sus ojos.

El fuego había comenzado en el jergón de goma-espuma en el que dormían los padres de Concho. Después se prendió en las faldas de la mesa camilla y terminó por arrasarse completamente su universo.

Muchos vecinos quisieron consolar a Concho con palabras que, él, parecía haber oído con anterioridad, sin escucharlas; quizás en otro incendio semejante. No les hizo caso. Con las yemas de los dedos estuvo buscando entre los restos calcinados un trozo de sonrisa, la hebilla del cinturón bordado, una palabra, la última gota de dolor... Nada encontró.

Las lágrimas que caían, abriles y relucientes, de sus mejillas abrían pequeños cráteres en la ceniza todavía tibia. En el aire flotaban nubecillas de polvo indefinidamente gris.

## Otra vez el mar

Se puso un pañuelo negro anudado al cuello en señal de soledad y de desamparo y, durante varios días, anduvo sin descanso por las calles y plazas. Todos los recuerdos familiares, incluso los que ya le parecía haber olvidado, pasaron por su memoria en aquellas jornadas interminables.

Una vez aplacado el dolor, volvió junto a aquel montón de tierra gris que había sido su vivienda y guardó un poco de ceniza en el cáliz de una amapola. Después se marchó a esperar los camiones del pescado.

—Cuando llegues al mar —le dijo a un camionero—, vierte las cenizas sobre las olas. Quizás vuelvan sus cuerpos mezclados con la lluvia. A mi padre le hubiese gustado que le enterraran en lo más profundo del campo, entre las madres del agua.

El conductor se le quedó mirando como si Conchito se burlase de él. Dudó un instante, pero al ver la rectitud de sus labios comprendió la seriedad del encargo y sus ojillos albazanos se calmaron.

Una vez oída la firme promesa del camionero, Conchito se alejó. Sentía que su sangre se había hecho pedazos y, al mismo tiempo que un trozo se afianzaba para siempre en aquella tierra, otros navegaban a la deriva por el universo, errátiles como los chillidos de las gaviotas.

## Los quincalleros

Poli comenzó a sentirse muy solo tras el incendio de la chavola. Siempre había sido perro de vigilancia y ahora, con la desaparición de la vivienda, se daba cuenta de que se había quedado sin trabajo. Esto lo desanimó. Empezó a sentirse vacío y se dedicó a vagabundear por el barrio en busca de compañía.

Una tarde, Conchito se sorprendió al descubrirle paseando junto a una cabra. Le pareció que estaba contento; incluso feliz. A la mañana siguiente, Poli abandonó el barrio atado a la parte trasera de un carro de quincalleros. Todavía podía verse la corbata de puntitos anudada a su cuello.

Concho tuvo la intención de correr tras de él para darle la libertad, pero comprendió que Poli necesitaba tener el extremo de la corbata sólidamente atado a una estaca para sentirse satisfecho. De otro modo no era feliz. A aquel perro la libertad le deprimía.

## Pipiritañas

Tras las lomas y los majanos brotaba un chirriante concierto de trompetas vegetales, que aumentaba y aumentaba de volumen como si ascendiera por una escalera de siglos desde las raíces más profundas de los castaños. Concho aguzó la oreja y creyó distinguir el verde tono de las flautas pipiritañas que hacen los muchachos con los tallos de la cebada tierna.

Intrigado por semejante estruendo de alcacer, remon-  
tó a la carrera las últimas colinas del sueño y, entre jadeos, se despertó sobresaltadamente. Había visto una nube de ancianos que, apoyados en sus recios bastones, avanzaba por la estrecha carretera silbando las pipiritañas.

Las tocan para mí, se dijo, para mí..., y se quedó con los ojos abiertos sin poder conciliar el sueño. Pensaba en la soledad de las veredas.



## La marcha

Miró al horizonte y no pudo ver la torre de la iglesia. Pensó que el pueblo debía de estar muy lejos cuando no se distinguía el gallo de la veleta ni el zumbido de la campana gorda, que se llama Santa Agueda y puede oírse en cinco leguas a la redonda. Esto le asustó. Sus piernas no podrían soportar tanto camino. El pañuelo negro le ondeaba en el cuello como una bandera, o como una negra paloma compañera de viaje.

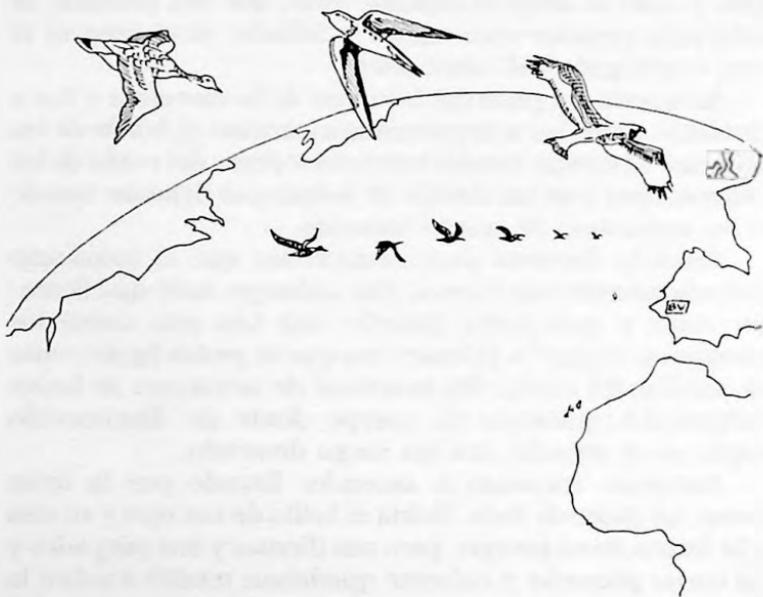
## El vuelo

Los pies le dolían, casi fundidos con los zapatos, después de haber caminado varias docenas de kilómetros sin descanso. La alforja que había hecho uniendo por las asas dos bolsas de plástico se le clavaba en el hombro como si estuviera llena de arena húmeda. Del bolsillo delantero de la talega sacó una barra de pan y le dio un ávido bocado. Después introdujo la mano en la bolsa trasera y sacó una damajuana con vino. Se remojó generosamente la garganta. Siempre había oído decir que con pan y vino se anda el camino, pero, por vez primera, la sabiduría popular comenzaba a fallarle: ni el vino ni el pan le mitigaban el cansancio.

Se apartó un poco del hilo azul de la carretera y fue a tenderse sobre los margaritos que crecían al borde de las cunetas. El campo estaba hermoso a pesar del ruido de los automóviles y de las estelas de humo que dejaban tras de sí los camiones. Se quedó dormido.

Cuando despertó pudo comprobar que el cansancio todavía labraba sus huesos. Sin embargo, notó que deseaba volar y que podía hacerlo casi tan alto como los alcotanes. No era la primera vez que se sentía ligero como la semilla del cardo. En multitud de ocasiones se había sorprendido mirando su cuerpo desde un desconocido lugar en el espacio. Era un juego divertido.

Entonces comenzó a ascender llevado por la brisa como un globo de feria. Subía el brillo de sus ojos y su risa y la forma de su cuerpo, pero sus dientes y sus párpados y su carne pequeña y caliente quedaban tendidos sobre la hierba. El tiempo parecía disecado a orillas de la carretera, lo mismo que un lagarto verde. Conchito lo veía cada vez más aplastado contra el suelo, cada vez desde más alto. Ya apenas se distinguían las bolsas de la alforja;



solamente la garrafa de vino lanzaba al aire un ligero destello luminoso.

Cuando las águilas semejaban pequeños tréboles pardos planeando a pocos metros del suelo y las nubes le acunaban con sus jirones dulces como el pan de azúcar, Concho comenzó a sentir miedo. Quiso bajar y meterse otra vez dentro de su carne, ser otra vez Conchito, el hijo del porquero Juan y de María «La Tomasa», el nieto del viejo Bibiano y de abuela Concha; quiso volver a teñirse de rojo, a patear las calles de alquitrán caliente y sentir cansancio y dolor de pies y hambre, pero no pudo. Las flores estaban lejos y el viento le arrastraba con furia, como si fuera un globo de papel que subía. Su llanto se mezcló con el quejido de los quebrantahuesos, con el frío cortante de la nieve y con las voces indecisas del abuelo. La yerba era un pozo sin fondo. Se anublaron los lienzos del cielo y el aire se inundó con el grito angustiado de los vencejos.

# UNIVERSITAS EDITORIAL

## TITULOS PUBLICADOS

### ● Colección Autores Extremeños

1. *Tarde de siempre*. Jaime Alvarez Buiza (2.ª edición).
2. *Ayer y ahora*. Jesús Delgado Valhondo.
3. *El Frinosomo vino a Babel*. Jesús Alviz.
4. *Entre la yerba pisada queda noche por pisar* (Antología). Jesús Delgado Valhondo.
5. *Cómicos de Fusia-Gus el idiota*. José Luis Carrillo y Manuel.
6. *Todo lo que no es música se confunde en el silencio*. Gregorio González Perlado.
7. *Canciones y otros recuerdos*. José Antonio Zambrano.
8. *Huida de las horas*. Jaime Alvarez Buiza.
9. *Antología Poética*. Luis Alvarez Lencero.
10. *En la carrera*. Felipe Trigo.
11. *El Bañista*. Luis María Gómez Canseco.
12. *Un patio con hiedra trepadora*. Francisco Vaz.

### ● Colección Biblioteca Básica Extremeña

- Cancionero popular Extremeño*. Emilio González Barroso.  
*Literatura en Extremadura*. Tomo I. Siglos XVI, XVII y XVIII. Manuel Pecellin Lancharro.  
*Literatura en Extremadura*. Tomo II. Siglos XIX y XX hasta 1939. Manuel Pecellin Lancharro.

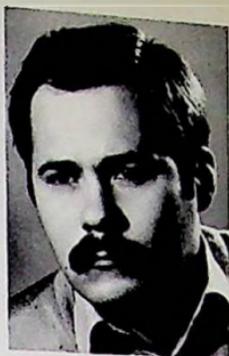
### ● Textos Libres

- Tres en uno*. Carlos Espada.  
*Conversaciones en Extremadura*. Marciano Rivero Breña.  
*Obras completas*. Luis Chamizo. Edición de Antonio Viudas Camarasa.  
*La Travesía*. Esperanza Cifuentes. Premio Felipe Trigo novela 1981.  
*El Conchito*. José Joaquín Rodríguez Lara. Premio Felipe Trigo narraciones cortas 1981.  
*Cultura y Política*. Medardo Muñoz (próxima aparición).

### ● Colección Libros Infantiles y Juveniles Extremeños

- Pido la palabra*. Marysol Sanmartín.  
*Un juguete para un hombre*. Marysol Sanmartín.





**JOSE JOAQUIN RODRIGUEZ LARA** nació el Jueves Santo de 1956 en Barcarrota (Badajoz). Empezó a escribir mientras estudiaba en el «instituto» de esta localidad, inclinándose en sus comienzos hacia la poesía amorosa y social.

En 1980 apareció su primer libro, «La tierra al fondo», editado por la Institución Cultural Pedro de Valencia, dependiente de la Diputación de Badajoz. En «La tierra al fondo» se incluyen poemas sobre la infancia y las ausencias sentimentales.

En abril de 1981 gana el premio «Lena», de cuentos, en el apartado internacional. La obra galardonada en la XVIII edición del concurso que convoca el Ayuntamiento de Pola de Lena (Asturias), fue «La casa al borde del camino»; una narración en la que se utiliza el lenguaje como modo de enriquecer una historia sencilla.

Dentro de este mismo año gana la primera edición del Premio Felipe Trigo, en el apartado de narraciones breves, con la presente obra.

José Joaquín Rodríguez Lara es periodista.

---

**FELIPE TRIGO** (Villanueva de la Serena, 1864-Madrid, 1916) escritor relegado al silencio durante varios lustros, luego de innegable popularidad, se encuentra hoy en claras vías de rehabilitación.

La obra de Trigo nuevamente reeditada («El médico rural», «Jarrapellejos», «En la carrera» y «El moralista», han aparecido en los últimos años), es objeto de estudio y debate crecientes.

Los tabúes y anatemas levantados contra el gran novelista extremeño ya no asustan a nadie. Las jóvenes generaciones vuelven a sentirse impresionadas por la prosa inquietante del villanovense, que tanto afectó a hombres como Unamuno o Neruda.

Trigo no es un estilista sublime, pero sí un efficacísimo narrador: sabe conmovér y apasionar a los lectores. Su densa obra —casi treinta títulos en una quincena de años— constituye fundamental aportación a las letras castellanas.

Si nadie le regatea hoy la paternidad de la novela erótica española, tampoco pueden discutirse los méritos como escritor social y regeneracionista, honradamente comprometido con las circunstancias históricas que le tocó vivir. Sus libros son auténticos testimonios, a veces demoledores, llenos de vida y coraje.

Felipe Trigo merece con toda justicia dar nombre a un certamen literario.

*Manuel Pecellín Lancharro*



Edición realizada con el patrocinio de  
**DIPUTACION PROVINCIAL DE BADAJOZ**  
**AYUNTAMIENTO DE VILLANUEVA DE LA SERENA**